

EL LAÍSMO: UN EXPERIMENTO DE CAMBIO SINTÁCTICO *

ERICA C. GARCÍA
Universidad de Leiden

I. INTRODUCCIÓN

Las valiosas verdades que suelen encerrar los lugares comunes —justamente por su reiteración— dejan de tomarse en serio. Uno de dichos lugares comunes lo constituye, a nuestro juicio, la afirmación de que la variación dialectal se debe a la historia de la lengua, que por lo tanto refleja.

Un ejemplo transparente lo constituyen los factores extralingüísticos reflejados en el abanico de isoglosas que se abre en el Rin (Bloomfield 1933:344; se discuten otros casos en Stroop 1987 y en Chambers & Trudgill 1980:187-88); los hispanistas podemos enorgullecernos del papel precursor que en este terreno representa los *Orígenes del español* de Menéndez Pidal.

Importa señalar, empero, que las barreras que se oponen a una innovación lingüística no son meramente físicas, políticas o sociales: también dentro de la lengua hay «obstáculos» estructurales. Y en efecto: el mismo abanico renano nos demuestra que la fricativización de plosivas ocurre antes —y más acabadamente— no sólo en el sur de Alemania (contexto geográfico) sino en posición implosiva (contexto lingüístico).

O sea que también la evolución interna de la lengua deja sus rastros en la distribución espacial de un fenómeno: y es por ello que Moulton ha insistido con tanta razón (1960, 1962) que los atlas lingüísticos pueden verse como laboratorios donde es posible someter a prueba hipótesis respecto de la evolución de un cambio.¹

* Agradezco a R. DE JONGE, E. MARTINELL y F. V. PUTTE sus comentarios a una versión anterior de este trabajo.

1. La sensibilidad variable de diversos contextos a un cambio es la esencia misma de la varia-

Aquí nos proponemos aplicar la idea de Moulton a material geográfico no proveniente de atlas; concretamente, queremos examinar la variación geográfica dentro de la variación lingüística. Porque si algo puede develarnos el curso de un cambio, será esta doble variación o, mejor dicho, la sistematicidad en los dos tipos de variación. Investigaremos, pues, no la posición de determinadas isoglosas, sino la relación entre el continuo (geográfico) de diversas localidades y el continuo (lingüístico) de los diversos contextos que exhiben, en forma variable, un mismo fenómeno. Creemos que este enfoque puede ser particularmente interesante para el estudio del cambio sintáctico, en el que la diversidad de contextos juega un papel central.

Nuestra hipótesis, específicamente, es que la «variación geográfica» puede servir como piedra de toque para la validez del continuo intralingüístico. Si, en efecto, hay una lógica interna que guía la difusión de un cambio a lo largo de una serie de contextos lingüísticos, esta lógica debería manifestarse, independientemente en distintas localidades. El ideal sería que el mismo orden de contextos se observe en todas partes. La superposición de los dos continuos —el estructural, y el geográfico— debería resultar en un continuo bidimensional.

Ahora bien: la probabilidad de que un tal continuo «bidimensional» se deba al azar disminuye exponencialmente con el número de localidades y de contextos en juego. Es por ello que si, efectivamente, se da en la práctica, podremos confiar en que el orden interno de los contextos es significativo, o sea, que la jerarquización de contextos lingüísticos no es arbitraria. Pero decir esto equivale a afirmar que la extensión del proceso a lo largo del continuo es motivada. Y si logramos descubrir la motivación que subyace en un ordenamiento determinado de los contextos lingüísticos habremos identificado la causa del cambio, o sea, su justificación interna.

II. UN CASO ESPECÍFICO: EL LAÍSMO

Es un hecho que —por algún motivo— se ha prestado mucha más atención al leísmo que al laísmo, pese a que ambos cambios no son sino dos facetas de un mismo «proceso en marcha», o sea, la recategorización de los reflejos clíticos de ILLE en términos de género más bien que de caso (Fernández 1964, Lapesa 1968, García 1986).

Que se trata de un desplazamiento de prioridades comunicativas queda

ción lingüística, y ha sido objeto tanto de descripción detallada (la labor íntegra de Labov y su escuela) como de discusión teórica (cf. las diversas controversias sobre el estatus y sentido de las reglas variables: Lavandera 1978, Romaine 1981, Kay & Mac Daniel 1979, Sankoff & Labov 1979, García 1985, Cheshire 1987, Sankoff 1988).

claro si consideramos qué exactamente se transmite en el uso normativo y en el laísta. En

le pago (cinco pesos la hora)

no cabe duda en cuanto al caso del referente, que no puede ser sino dativo; permanecemos empero en la ignorancia respecto de su género: podría tratarse tanto de Juan como de María. En

la pago

en cambio, sabemos que se trata de un referente femenino, pero nada más. Si el mismo hablante también dice

la llevé un regalo

—o sea, es «laísta»— queda indeterminado el caso de *la* en *la pago*. No sabemos si con *la* el hablante se refiere a la torta que ha adquirido (Acus.) o a una mujer que ha contratado para realizar algún trabajo (dativo). El laísmo, evidentemente, representa una «elección» a favor de explicitar el género del referente, a costa de la información sobre el caso.

Ahora bien, el caso de una frase nominal depende del papel que desempeña el referente en un evento. Lo más importante, pues, es la naturaleza del evento —qué relación presupone entre los participantes, y, por supuesto, cuántos participantes presupone (García 1986:169-170). Cuando son tres los participantes explícitamente nombrados, como en

l llevé un regalo

sólo cabe un dativo, y de cierto modo es indiferente que aparezca como *la* o como *le* —no hay otra opción, dado el contexto.

Por otra parte, es justamente en estos contextos —donde es obvio que se trata de un dativo— que interesará tener información precisa sobre el sexo del referente. En efecto: el papel de dativo es desempeñado, preponderantemente, por referentes humanos, y es el género de éstos lo que más importa conocer. O sea, desde el punto de vista del oyente interesa la información sobre el género y sobra, justamente, la precisión respecto del caso.

Si razonamos así podríamos suponer que la pérdida de caso —o sea, el uso de *la* en vez del *le* tradicional y normativo— ha de ser más temprana y probable cuanto más fácil sea (para el oyente) recuperar esta información del contexto. Una formulación de semejante hipótesis sería:

Hipótesis I (pérdida por redundancia):

El uso de *la* por *le* comenzó en los contextos donde es más fácil para el oyente inferir el caso (contextos de mayor redundancia) extendiéndose luego a aquellos donde el caso no es tan fácil o inmediatamente inferible.

No es ésta, empero, la única hipótesis posible: también podemos mirar las cosas desde la perspectiva del hablante, que debe «encontrar las palabras» con que expresa su idea. Podría suponerse el siguiente «razonamiento» inconsciente:

En el contexto *dí un regalo* María —a quien quiero referirme— transparentemente desempeña el papel de dativo, ya que el regalo es el acusativo, sin lugar a dudas. La forma que corresponde a dativo es *le*: diré, pues, *le di un regalo*. Pero en *pago* no es muy claro si a Juana, de quien estoy hablando, debo verla como dativo o como acusativo —o sea, si puedo o no usar *le*. Pero estoy absolutamente seguro de que Juana es una mujer, y también sé que *la* me indica que me refiero a algo femenino. No puedo errar si digo, pues, *la pago*.

O sea: la redundancia contextual podría justamente favorecer la expresión de caso, por ser tan obvio (para el hablante, ahora) el papel de la persona a quien desea referirse. Desde esta perspectiva podemos formular, entonces, esta otra hipótesis:

Hipótesis II (pérdida por incertidumbre).

El uso de *la* por *le* comenzó en los contextos donde es menos obvio el papel casual del participante en cuestión (o sea, en contextos de menor redundancia) extendiéndose de allí a los contextos donde el caso es patente (mayor redundancia).

Está claro que ambas hipótesis toman en cuenta la relativa facilidad del procesamiento del «caso en su contexto»: pero en la Hipótesis I se trata del oyente, y en la II, del hablante.

¿Qué gobierna el uso de las formas? ¿Qué motiva el cambio lingüístico? ¿Cuánto pesan, en realidad, las dos caras de la moneda comunicativa? Estas preguntas sincrónicas nos las puede contestar la lingüística diacrónica: si entendemos cómo se inicia y se desarrolla un cambio, sabremos cómo funciona la lengua sincrónicamente, puesto que no es posible disociar el cambio del uso (García 1986, García *et al.*, por aparecer).

Averigüemos, entonces, cómo se desarrolló el laísmo, por dónde comenzó, y cuáles fueron los primeros contextos, cuáles los últimos, en permitir *la* por *le*. Puesto que desgraciadamente faltan análisis críticos y detallados del uso reflejado en los textos,² recurramos a la geografía dialectal. Porque podemos estar se-

2. Estudios como el de Marcos Marín (1978) agrupan, deplorablemente, todos los casos de Dativo, sin distinguir entre diversos contextos de dicho caso (y/o, incluso, cuentan sólo los usos innova-

guros de que los contextos en que se inició el cambio serán aquellos que ahora acusen mayor porcentaje de *la*, y que el menor grado de laísmo se observará justamente en los últimos contextos en ser alcanzados por el cambio —y esto tanto en lo lingüístico, como en lo geográfico (Bickerton 1973).

III. EL LABORATORIO Y EL EXPERIMENTO

Mediante un cuestionario gentilmente administrado a sus estudiantes por colegas en los departamentos de dengua española de las universidades de Madrid, Santiago de Compostela, Oviedo, Salamanca y Valladolid, hemos investigado el uso de *la* vs. *le* en tres contextos que representan un continuo de máxima a mínima redundancia en cuanto al caso del pronombre personal:

1. verbos (inherentemente intransitivos) que rigen *le* (cuatro ítems lexicales)
2. verbos transitivos, en los que puede faltar el objeto (dos ítems lexicales), presentados en dos condiciones:
 - a) con objeto directo presente;
 - b) sin objeto directo, o sea, con objeto directo «sobrentendido».

Por la naturaleza misma del contexto, un dativo es la única posibilidad en 1., mientras que la opción entre *le* y *la* es máximamente informativa en 2.b). En el apéndice presentamos los estímulos en que debía rellenarse *le* o *la*; cada oración estímulo fue rellenada en teoría por 40 informantes si bien, como siempre ocurre, hubo algún informante que dejó de rellenar alguna oración.

¿Qué deberíamos esperar de las respuestas de los informantes? si en efecto el laísmo tiene que ver con la pérdida de la información sobre el papel casual del referente, los porcentajes de laísmo obtenidos con este continuo sintáctico deberían también constituir un continuo que, además, debería repetirse en todas las localidades. Lo que no sabemos, empero, es qué tipo de progresión esperar: si está en juego la facilidad de procesamiento productiva, o la interpretativa. La hipótesis I predice que el mayor porcentaje de *la* lo hallaremos en el contexto 1., donde es máxima la reacción de caso por el léxico; la hipótesis II predice

tivos, sin dar la proporción de usos «etimológicos» vs. «antietimológicos», Marcos Marín 1978:163). Queda mucho —quizá todo— por hacer en cuanto a un análisis responsable del «proceso en marcha» a que aludía Fernández.

3. Es este verbo, en este contexto, que acusa un porcentaje de *la* particularmente alto en localidades que en otros contextos señalan un laísmo mucho más bajo.

justamente lo contrario: en 1.) el porcentaje de *la* debería ser mínimo, y debería crecer en 2.a) y 2.b). Pasemos, pues, a los resultados.

IV. LOS RESULTADOS

En la tabla 1 presentamos el porcentaje de *la* observado en cada contexto.

TABLA 1. *Porcentaje de la (total le + la) en diversos contextos sintácticos y diversas localidades*

Localidad	Verbos intransitivos				Verbos transitivos			
	<i>perderse</i>	<i>caerse</i>	<i>no gustar</i>	<i>desagradar</i>	Obj. Dir. presente <i>escribir</i>	<i>contar</i>	Obj. Dir. ausente <i>escribir</i>	<i>contar</i>
Santiago	0	0	0	0	0	0	18	0
Oviedo	0	0	5	0	3	3	53	0
Salamanca	0	10	10	0	6	17	54	0
Madrid	16	20	18	22	32	25	90	21
Valladolid	29	25	25	23	29	38	69	30

Para facilitar la apreciación de los datos presentamos en la tabla 2 (para cada una de las tres condiciones sintácticas) el promedio de los porcentajes parciales obtenidos con distintos ítems lexicales.

TABLA 2. *Promedio de porcentaje de la en diversos tipos de contexto sintáctico y diversas localidades.*

menor	Localidad	menor	—————>		mayor
		Verbos intransitivos	Verbos transitivos: Obj. Dir. presente	Verbos transitivos: Obj. Dir. ausente	
↓ mayor	Santiago	0	0	9	
	Oviedo	1,25	3	27	
	Salamanca	5	12	27	
	Madrid	19	29	56	
	Valladolid	26	34	50	

○ puntos «problemáticos» en el continuo.

De los datos se desprende que:

1) existe una clara progresión geográfica en cuanto a la pérdida del valor causal de *la*; el laísmo es mínimo en Santiago, y máximo en Valladolid;

II) las cinco localidades revelan una progresión del porcentaje de *la* a lo largo del continuo sintáctico: este ordenamiento de contextos, por consiguiente, es relevante al uso de *la* por *le*;

III) dicha progresión apoya, claramente, la hipótesis II: el porcentaje de *la* aumenta de 1. a 2.b);

IV) en la Tabla 1, donde aparecen los resultados parciales para verbos individuales, hallamos la mejor confirmación del continuo sintáctico. Vemos que cuando falta el objeto directo —pero no cuando está presente— *escribir* sistemáticamente acusa un porcentaje de *la* mucho más alto que *contar*, por un lado, y que el mismo *escribir* con objeto presente, por el otro. En el caso de *contar*, en cambio, la ausencia de objeto no produce un cambio significativo en el porcentaje de *la*. Debemos concluir que la falta de objeto directo (condición 2.b) sí juega un papel importante, pero sólo bajo condiciones léxicas favorables.

Esta diferencia entre *escribir* y *contar* estriba, a nuestro juicio, en la mayor naturalidad (y por ende frecuencia) de la falta de objeto directo con *escribir*. En el caso de «Me dí cuenta de que Pepa sabe de tu novio: ¿cuándo l__ contaste?» claramente falta un objeto directo «que tiene novio», sobreentendido en este contexto. En cambio en el caso de «Es necesario que tu madre se entere de este éxito: no dejes de escribir!__» la identidad del objeto no es tan obviamente recuperable del contexto: podría ser «una carta», «la noticia», etc.

Escribir, por lo tanto, mucho más que *contar*, es un verbo «transitivo» capaz de construcción tanto con dos objetos como con un solo: y es por eso que en *escribir*, mucho más que en *contar*, se le plantearía al hablante el dilema del «caso» del objeto. No sorprende, entonces, que *escribir* sea tan sensible a la falta de objeto, dando mayor porcentaje de *la* —según la hipótesis II— y que eso no ocurra con *contar*, cuyo valor léxico parece incorporar, mucho más, un objeto directo. *Contar*, entonces, de por sí, presentaría un contexto de tipo 2.a), que (como se ve en la tabla 1) favorece a *le* sobre *la* por igual en ambos verbos.

Concluimos, entonces, que el «continuo bidimensional» de contextos lingüísticos/localidades es casi perfecto: el porcentaje de *la* para cada contexto lingüístico en cada localidad supera al correspondiente porcentaje «vecino» en la tabla.

Hay dos excepciones: en primer lugar, como acabamos de señalar, *contar* parece ser inmune al contexto sintáctico «falta de objeto»: el porcentaje de *la* incluso cae en todas las localidades, en vez de subir, aunque las diferencias no son notables. Es incluso posible que la poca naturalidad de la construcción 2.b) con *contar* haya llamado la atención de los informantes, favoreciendo así el uso de la alternativa normativa, o sea *le*.

La otra excepción se da con *escribir*. y es que (geográficamente) Madrid

acusa un porcentaje de *la* sorprendentemente alto. No tenemos explicación para esta divergencia de la tendencia general.

V. CONCLUSIONES

No pretendemos que una investigación limitada y exploratoria como ésta pueda decirnos algo definitivo sobre el *laísmo*. Es evidente que esta investigación debería extenderse a más localidades geográficas y a más ítems lexicales, para ver si se mantiene la tendencia que —con bastante claridad— se perfila en nuestros datos.

Sí creemos poder concluir, de la limitada susceptibilidad por *la* de los contextos 1. y 2.a), así como del verbo *contar*, que el proceso aún está en marcha y que —incluso en Valladolid— *la* sigue siendo una forma básicamente acusativa. O sea: que no se habría perdido aún —¡ni siquiera en Castilla! el viejo sistema de casos. El uso de *la* como Dativo se da, preponderantemente, sólo en contextos donde no es patente el desliz, justamente con verbos que admiten un Acusativo, pero en un contexto donde la ausencia de éste no acusa, inmediatamente, el error.

También podemos extraer una conclusión «sincrónica». En este caso, al menos, parecería que en el proceso de formulación de la expresión lingüística, pesa más la facilidad para el hablante que la del oyente. Esto no es de sorprender, puesto que, al fin y al cabo, es el hablante quien elige las formas.⁴

Nuestra conclusión final será metodológica: si para entender el devenir diacrónico de una lengua debemos apelar a móviles sincrónicos, y si no hay uso sincrónico que no encierre, potencialmente, la evolución de la lengua, es legítimo recurrir al estudio comparativo de la variación, en los dos planos geográfico y lingüístico, como fuente preciosa de información sobre el ser y el devenir de la lengua, sobre todo cuando la falta o escasez de textos dificulta una investigación histórica normal.

4. Cf. García (en prensa) para la misma conclusión respecto del uso del «*a* personal» en antiguo español.

APENDICE

Oraciones estímulo sometidas a 40 informantes en 5 localidades del norte de España.

- i) A Juana *l* _____ desagrada que los niños hagan tanto ruido.
A Josefa no *l* _____ gusta que los hijos lleguen tarde a la escuela.
Es increíble cómo a tu hermana se *l* _____ pierden las cosas.
—¿Qué está haciendo María debajo de la mesa?
—Es que se *l* _____ cayeron las gafas.
- ii a) Es necesario que tu madre se entere de este éxito: no dejes de escribir *l* _____ la noticia.
Me dí cuenta de que Pepa sabe de tu novio: ¿cuándo *l* _____ contaste la historia?
- ii b) Es necesario que tu madre se entere de este éxito: no dejes de escribir *l* _____.
Me dí cuenta de que Pepa sabe de tu novio: ¿cuándo *l* _____ contaste?

BIBLIOGRAFIA

- D. BICKERTON, «Quantitative vs. dynamic paradigms: the case of Montreal *que*», *New ways of analyzing variation in English* (eds. Ch-J. Bailey & R. W. Shuy), Washington D.C., Georgetown University press, 1973; pp. 23-43.
- L. BLOOMFIELD, *Language*, Nueva York, Holt, 1933.
- J. K. CHAMBERS & P. TRUDGILL. *Dialectology*, Cambridge, Cambridge University press, 1980.
- J. CHESHIRE, «Syntactic variation, the linguistic variable and sociolinguistic theory», *Linguistics* 25 (1987); pp. 257-282.
- S. FERNÁNDEZ, «Un proceso lingüístico en marcha», *Presente y futuro de la lengua española II*, Madrid, OFINES; pp. 277-285.
- E. C. GARCÍA, «Shifting variation», *Lingua* 67 (1985); pp. 189-224. «The case of Spanish Gender», *Neuphilologische Mitteilungen* 87 (1986); pp. 165-184. «Relevancia expresiva vs. desambiguación: el *a* personal», *Festschrift Jorge A. Suárez* (eds. P. Levy & B. Gareza Cuarón), México, Colegio de México, en prensa.
- E. C. GARCÍA, R. DE JONGE, D. NIEUWENHUYSEN & C. LECHNER, «(v)os(-otros): dos y el mismo cambio», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, por aparecer.
- P. KAY & C. MAC DANIEL, «On the logic of variable rules», *Language in Society* 8 (1979); pp. 151-187.
- R. M. LAPESA, «Sobre los orígenes y evolución del leísmo, laísmo y loísmo», *Festschrift Walter v. Wartburg zum 80º Geburtstag* (ed. K. Baldinger), Tubinga, Niemeyer, 1968; pp. 523-551.
- B. R. LAVANDERA, «Where does the sociolinguistic variable stop?», *Language in Society* 7 (1978); pp. 171-182.
- F. MARCOS MARTIN, *Estudios sobre el pronombre*, Madrid, Gredos, 1978.

- R. MENÉNDEZ PIDAL, *Orígenes del español*, Madrid, Espasa-Calpe, 1950.
- W. MOULTON, «The Short Vowel Systems of Northern Switzerland», *Word* 16 (1960); pp. 155-182.
- «Dialect geography and the concept of phonological space», *Word* 18 (1962); pp. 23-32.
- S. ROMAINE, «The status of variable rules in sociolinguistic theory», *Journal of Linguistics* 17 (1981); pp. 93-119.
- D. SANKOFF, «Sociolinguistics and syntactic variation», *Language: the sociocultural context* (ed. F. Newmeyer), Cambridge, Cambridge University Press, 1988; pp. 140-161.
- D. SANKOFF & W. LABOV, «On the uses of variable rules», *Language in Society* 8 (1979); pp. 189-222.
- J. STROOP, «'Explanation' by linguistic maps», *Explanation and linguistic change*, (ed. W. Koopman *et al.*), Amsterdam, Benjamins, 1987; pp. 259-273.